

La moraga

J. C. López Rentero

Teníamos que haber previsto tan dramático final. Todos fuimos responsables, de una u otra manera, del curso de los acontecimientos. Por acción u omisión, unos más en broma que otros, habíamos cebado la bomba de una hostilidad soterrada que, justo aquella noche, acabó estallando entre Pablo y Rico.

Puede achacarse a nuestra bisoñez, a la estúpida inconsciencia de nuestros escasos años. Sin embargo, jóvenes e inexpertos, allí estábamos en nuestra playa y en nuestra fiesta, asistiendo al más viejo de los duelos: dos amigos peleando por una mujer.

El verano agonizaba y era tradicional que organizáramos una fiesta nocturna para despedirlo, una moraga en nuestro rincón favorito de la playa con fogata, cervezas y radiocasete a pilas. Habían sido unas vacaciones raras. Buenas y divertidas, sí, pero

llenas de inquietantes cambios. Las primeras en que los chicos mirábamos a las féminas desde un nuevo y asombrado punto de vista; aquéllas en las que ya no eran incompatibles los improvisados partidos de fútbol con una cerveza y un cigarrillo a escondidas; las primeras veces en que regresábamos a la orilla procurando ofrecer nuestro mejor perfil a las amigas que se bronceaban sobre la arena después de hacer el merluzo entre las olas.

También descubrimos que aquel verano Pablo y Rico se habían enamorado de Laura. Y, ¿quién no? Era más alta que la mayoría de nosotros y su piel, tras muchos baños de sol, había adquirido un tono que recordaba al caramelo. Tenía el pelo largo, trigueño, a menudo recogido en una coleta. Y una sonrisa capaz de iluminar un día nublado. Hasta sus ojos grises poseían tal encanto que daban la impresión de sonreír también. Cualquiera de nosotros pudo ser presa de su hechizo, pero fueron ellos quienes cayeron rendidos. Un dúo inseparable hasta entonces que, poco a poco, se fue distanciando,

cargándose de mutuos recelos, cruzando reproches hasta por el más inocuo tema de conversación.

Sus encontronazos comenzaron siendo meramente dialécticos, lo que nos producía un regocijo malsano. Nos dábamos codazos a hurtadillas los unos a los otros cuando monopolizaban una charla sobre fútbol, motos o chicas, agriando su contenido hasta liquidarla en un silencio incómodo. Mira estos dos, susurrábamos, los amiguitos del alma. Van a acabar a tortas. Pero la rivalidad se trasladó a los partidillos en la playa, con patadas y malas artes que pronto adquirieron un matiz desagradable; y a las partidas de cartas, transformándolas en peligrosas timbas donde parecía estar en juego algo más que la magra calderilla de nuestros bolsillos. Y a todo lo que hacíamos juntos. Tanto se emponzoñó el aire entre ellos que ni la reconfortante mirada de Laura pudo diluir la tensión.

Aquella noche, a la luz de la hoguera, esos ojos grandes se emborronaban de

espanto ante la escena: los mejores amigos imaginables pegándose por ella.

Cuando empezó el jaleo, en el grupo nos miramos con medias sonrisas ahumadas por las cervezas de más. Al principio nos negamos a creer que la cosa fuese en serio. Alguien empezó a gritar “*pe-le-a, pe-le-a*” y enseguida se le unió un coro de voces entusiasmadas. Formamos un semicírculo en torno a los contendientes sin cesar de jalear cada empujón y ademán amenazador que se cruzaban nuestros dos amigos. Otros, en la euforia etílica del momento, se aventuraron a apostar que el vencedor sería Pablo, lo que provocó una cascada de pronósticos a favor y en contra trufada de bravatas acerca del dinero que cada uno estaba dispuesto a poner en liza. La locura se propagó incluso a aquellos que habían permanecido ajenos a la trifulca, que se acercaron hasta el corrillo sumándose a la algazara sin comprender apenas por qué aullaban como lobos husmeando presas. Todos gritábamos,

aplaudiendo cada acción de nuestro púgil preferido.

Todos, menos Laura. Con el gesto desencajado, se retorció las manos con impotencia o las movía, en frenética danza, cubriéndose el rostro y la cabeza alternativamente. Luego se volvió hacia nosotros mirándonos igual que a extraños, buscando nuestra compasión. Solicitándonos en silencio una pizca de sensatez: que alguien hiciera algo. Que alguien parase aquel despropósito. Pero nuestra atención la copaban los luchadores y la juerga que disfrutábamos a su costa.

Eso duró hasta que Rico, para sorpresa de todos, y en especial de su rival, cascó un botellín de cerveza contra una piedra y le hizo un tajo a Pablo en la camiseta que se tiñó de un rojo parduzco de inmediato. Hasta los más achispados pudimos ver en los ojos de Rico un relámpago de furia satisfecha y cómo, animado por el éxito de ese brío desconocido en él hasta entonces, se lanzó a

degüello contra su anonadado oponente, que no podía moverse ni pensar ni reaccionar.

Pablo, el guapo, el bueno, el elegante, el educado, el generoso. El líder natural. Rico había pasado la velada tocándole las narices, buscándolo en cada conversación, convencido, a tenor de sus despectivos comentarios, de que su amigo mentía al asegurarle que no hizo nada con Laura; que lo había traicionado y ahora pretendía hacerle quedar como un mentiroso ante los demás, cuando él sabía de buena tinta que Laura y Pablo habían tenido más que palabras aquella misma tarde, a solas, en una cala próxima y frecuentada por parejas de enamorados. No sabéis la última de don Perfecto, decía. Menudo Judas, ahí donde le veis. Aunque hay cosas que no haría ni el Iscariote. Ladrón, mal amigo.

Así toda la noche. Hasta que Pablo se hartó.

—¿Y qué pasa si es cierto? —le dijo airado.

—Que te mataré —respondió Rico.

Luego cruzó el pulgar y el índice y se llevó los dedos a los labios como aprendió de un gitanillo de su barrio.

—Por ésta —remachó, besándolos.

Rico, el feúcho, el listo, el buscavidas, el envidioso, el egoísta. El superviviente. Toda su vida a la sombra de Pablo. Jugando con sus canicas prestadas; aprobando los cursos por los pelos gracias a sus clases particulares; medrando entre los demás alumnos por su amistad con él; ligando con las amigas de las chicas con las que él salía. Hasta que Laura se coló en sus corazones al mismo tiempo. Quizá ése fue el momento en que decidió rebelarse contra el tozudo destino, empeñado en reservarle el papel de segundón de por vida.

La pelea no había empezado bien para él. Pablo era más alto y fuerte. Al enzarzarse y rodar por la arena, entre puñetazos fallidos y bufidos de esfuerzo sazonados con imprecaciones de todos los colores, Pablo había llevado clara ventaja. Incluso consiguió acertar un par de golpes en los costados de

Rico, dejándolo sin resuello. Pero Pablo no quería hacer daño a su amigo. Le permitió que recobrase el aliento. Y ése fue su error. Puede sonar cruel decirlo pero, si Pablo hubiese dejado a Rico fuera de combate en ese lance, no habría que lamentar lo que ocurrió después.

Porque Rico, furioso, herido más en su amor propio que en su cuerpo, cogió el maldito botellín, lo convirtió en un arma puntiaguda y atacó a su amigo. Y ante el estupor de su lacerado adversario se lanzó, el cristal ensangrentado de la botella por delante, sobre él con la peor intención. Sucedió entonces lo inesperado. Los demás, ahora mudos y perplejos, vimos cómo Laura saltaba desde la arena y se interponía en la trayectoria letal del brazo de Rico. Seguramente gritaba “no”, pero nada oímos. Por un instante —un momento elástico que pareció interminable— el mundo se detuvo: el batir de las olas en la orilla cercana, el susurro de la brisa, el crepitar de las llamas de la hoguera, nuestros gritos de horror.

Todo se acalló en un silencio hondo. Agudo como el cristal de la botella de cerveza que se hundió en el estómago de Laura, provocándole una intensa y rápida hemorragia que le empapó la camiseta y los tejanos.

Sus enormes ojos grises aún miraban a Rico, confusos y suplicantes, cuando cayó de rodillas. Muchos nos levantamos y corrimos, presas del pánico, hacia los otros tres. Pero el mundo seguía sumergido en un estanque hermético.

Nunca tanta gente junta lloró y gritó tan en silencio como nosotros aquella noche.